

Memoria obligatoria
SAN JOAQUÍN Y SANTA ANA
Padres de la Santísima
Virgen María



“¿Quién podrá decir ahora el amor y reconocimiento de esta bienaventurada Virgen a sus santos padres, siendo como es fruto de su virtud y de su santidad?”

(San Juan Eudes, O.C. V, 326)

**UNIDAD DE ESPIRITUALIDAD
EUDISTA**

**LOS PADRES DE MARÍA:
ADORNADOS DE TODAS LAS VIRTUDES
Y PERFECCIONES**

¿Quién puede dudar que a los que habían de ser manantial y origen de un mar inmenso de gracias no les haya adornado de todas las virtudes y perfecciones imaginables y en altísimo grado?

(San Juan Eudes, O.C.V, 321)

MARÍA NACE DE UN PADRE Y DE UNA MADRE SANTÍSIMOS

Es máxima indudable aceptada por todos los teólogos con el Doctor angélico que Dios nos da sus gracias de una manera conforme y proporcionada a la cualidad y dignidad del estado y condición a que nos llama.

Por esto, habiendo escogido a San Joaquín y a Santa Ana para ser el padre y la madre de la que había de ser la Reina de todos los Santos, la Madre del Santo de los santos y la Esposa del Espíritu Santo, debemos estar persuadidos de que les llenó de todos los dones y gracias del mismo Espíritu Santo y de una santidad extraordinaria.



Queriendo el Padre de las misericordias darnos por ellos a la que, después de su Hijo, es el más excelente modelo de toda perfección, el más alto trono de todas las virtudes y el más rico tesoro de toda santidad, ¿quién puede dudar que a los que habían de ser manantial y origen de un mar inmenso de gracias no les haya adornado de todas las virtudes y perfecciones imaginables y en altísimo grado?

Veamos también en ellos una fe vivísima, una firmísima esperanza, un ardentísimo amor a Dios, una caridad al prójimo perfectísima, una profundísima humildad, una abstinencia extraordinaria y una maravillosa pureza.

Vean el vigor de su fe y la firmeza de su esperanza. La consideración de su infecundidad debe arrancarles toda creencia y toda esperanza de tener hijos; pero puede decirse de ellos lo que se dijo de su padre Abraham: *Creyeron y esperaron contra toda esperanza* (Rom 4, 18); lo que les hizo dignos de ser el padre y la madre de la Madre de Dios y de todos los hijos de Dios.

El ángel les anuncia que Dios les dará una hija que será la Madre del Salvador del mundo. Si miran a su esterilidad, lo creerán imposible, como naturalmente lo es. Si dan oídos a su humildad, ésta les persuadirá que su indignidad debe oponerse a semejante favor. Pero su fe es tan fuerte y su esperanza tan inquebrantable, que San Epifanio, San Gregorio Niseno, San Jerónimo, San Germán de Constantinopla y



otros aseguran que jamás tuvieron la menor duda sobre todas las cosas que el ángel les había dicho.

¿Quieren ver unas pruebas fehacientes de su ardentísimo amor a Dios? Vean aquí tres muy considerables.

¿Quieren ver unas pruebas fehacientes de su ardentísimo amor a Dios? Vean aquí tres muy considerables.

La primera es la **santidad** de sus costumbres y la pureza de su vida, que era, dice San Jerónimo, sencilla, inocente, recta delante de Dios e irreprochable delante de los hombres.

La segunda es la gran **caridad** que tenían para con el prójimo, que es, como vamos a ver, la justa medida del amor que tenemos a Dios; porque si tenemos mucha caridad con nuestro

prójimo, tenemos mucho amor a Dios; si tenemos poco de aquélla, poco tenemos de ésta; si no hay en nuestro corazón amor al prójimo, no hay en él amor a Dios. Si alguno dice, asegura San Juan, *yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es un mentiroso* (1Jn 4, 20).

La tercera prueba del gran amor que San Joaquín y Santa Ana tienen a Dios, es ver que **se privan de su amada Hija**, que es todo su tesoro, su gloria, su consuelo, su corazón, su amor y sus delicias, para darla a su divina Majestad, y para dársela desde la edad de tres años. Sé muy bien que han hecho voto de ello, mas aunque la retuvieran algunos años con ellos, no dejarían de cumplirlo después.

En lo que hace a la caridad para con el prójimo, el mismo San



Jerónimo dice una cosa que es un notable testimonio de su gran caridad y del perfecto desprendimiento que tienen de los bienes de la tierra, de los que son idólatras la mayor parte de los hombres. Porque asegura que hacían de sus rentas tres partes: que una parte de ellas la dedicaban al sostenimiento de los ministros del templo; otra para socorrer a los pobres, dar alojamiento a los peregrinos y asistir a los afligidos; y la tercera parte para las

necesidades de su familia.

Si desean saber cuál era su piedad y su devoción, fíjense en el fruto admirable que de ellos ha salido. ¿Qué fruto admirable es éste? Es nuestra maravillosa Niña. Yo diría aquí solamente lo que el Beato Andrés de Jerusalén nos asegura que el ejercicio ordinario de Santa Ana era la oración, y que ofrecía a Dios muchos votos y muchos sacrificios. Y San Epifanio dice otro tanto de San Joaquín, y añade que la Santísima Virgen fue concedida a su devoción.

¿Qué diré de su profundísima humildad?

Diré en primer lugar que siendo la humildad la medida de la santidad, según le palabra del Hijo de Dios que ha dicho que el que más se humilla, es el mayor y, por consiguiente, el más santo en el reino de los cielos, la eminentísima santidad de San Joaquín y de Santa Ana nos hace concluir que su humildad es profundísima.



En segundo lugar, que habiéndoles Dios elevado a una de las primeras dignidades del paraíso, cual es la dignidad sublimísima de padre y de madre de la Reina del cielo, y de abuelos del soberano Monarca del universo, es una prueba infalible de que mucho se humillaron, porque Dios no exalta más que a los humildes, y les exalta tanto como se abatieron.

En tercer lugar, que el oprobio y la confusión de su esterilidad que soportaron por espacio de veinte años, contribuyó mucho a fortificar y aumentar su humildad.

En cuarto lugar, que habiendo Dios escogido a San Joaquín y a Santa Ana para ser los abuelos del Rey de los humildes, y los padres de la más humilde criatura que jamás existió, era conveniente que hubiera un gran parecido entre la humildad de los padres y la humildad de los hijos. Aún añadiría yo a esto que la humildad de la Hija es un argumento muy poderoso de la humildad de su padre y de su madre, porque aquélla es en parte, efecto de los ejemplos de ésta.



Si ahora consideramos la abstinencia de San Joaquín y Santa Ana, encontraremos una cosa extraordinaria y que sólo se encuentra en los grandes santos. Es lo que San Germán, patriarca de Constantinopla, ha escrito de ellos, que para obtener de Dios el hijo que le pedían, ayunaron cuarenta días enteros, lo mismo que Moisés y Elías. Y San Gregorio Niseno dice que su ayuno iba acompañado de continuas lágrimas.

Pero sobre todo, es admirable su castidad. Porque San Vicente Ferrer nos asegura que tan pronto como les fue conocida la esterilidad de Santa Ana se privaron enteramente del uso del matrimonio, hasta que recibiesen del cielo un mandato contrario. La misma Santísima Virgen se lo dijo un día a Santa Brígida. En fin, San Joaquín y Santa Ana, sobresalieron en toda clase de virtudes, como lo dicen sus mismos nombres: Joaquín quiere decir «la preparación del Señor» y Ana significa «gracia». Con-

venía, dice San Pedro Crisólogo, que la morada del que es el Santo de los santos y la misma santidad, fuese mucho tiempo antes preparada en la persona misma del padre y de la madre de la que le debía concebir y dar a luz.

¡Feliz pareja, exclama San Juan Damasceno hablando a San Joaquín y Santa Ana, todo el



mundo les está obligado, porque por su medio podemos ofrecer al Creador el don más excelente de cuantos podemos imaginar, una hija digna de ser la Madre de su Hijo único! ¡Felices Joaquín y Ana que viviendo casta y santamente, han producido el tesoro de la virginidad! ¡Mil veces feliz Santa Ana, digna madre de la Madre de Dios, que diste al mundo

una hija cuyo nacimiento es honorabilísimo y cuyo parto es el restablecimiento del universo!

Aquí tienen algo de la altísima santidad de aquellos por quienes nos dio Dios un tesoro inestimable de toda santidad en la persona de la sacratísima Virgen, hija única y muy amada de San Joaquín y de Santa Ana.

¿Quién podrá decir ahora el amor y reconocimiento de esta bienaventurada Virgen a sus santos padres, siendo como es fruto de su virtud y de su santidad? ¿Quién podrá pensar lo mucho que le agradará la devoción que a sus padres se tiene?

Si deseamos, pues, agradar a María, honrémosles con un afecto particular, y reconozcamos, lo muy obligados que les estamos.

Porque San Joaquín y Santa Ana han dado al Padre eterno una hija única y amadísima, al Hijo una santísima Madre, al Espíritu Santo una dignísima esposa, a la adorabilísima Trinidad un templo augustísimo, a los ángeles una Reina, a los hombres una Soberana, a los cristianos una madre, a los afligidos una consoladora, a los huérfanos una protectora, a los pecadores una abogada, a todo el género humano una mediadora, a todo el universo una reparadora.

¡Que el cielo y la tierra, admirable San Joaquín, maravillosa Santa Ana, que los hombres y los ángeles, que el Creador y todas las criaturas incesantemente los bendigan y eternamente los alaben, porque nos han dado a esta incomparable Niña que encierra en sí los más ricos tesoros del cielo y de la tierra!

(San Juan Eudes, O.C. V, 320-327)

Imágenes:

Parroquia Nuestra Señora de la Visitación.

Parroquia Santa María La Blanca.

Fors de la Virgen.

Veritas Católica.

Divina Providencia.

Carreño de Miranda.



“San Joaquín y santa Ana: rueguen por nosotros.”

(Julio 2017)

Director:
P. Álvaro Duarte Torres CJM
Diseño y compilación:
Hermes Flórez Pérez